



Invitado

EXCMO. Y RVDMO.
SR. D. GINÉS RAMÓN GARCÍA BELTRÁN¹
Obispo de Getafe

En primer lugar, expresar también mi agradecimiento en este reencuentro con la asociación y con el Congreso Católicos y Vida Pública.

Por continuar la línea de reflexión de Don Luis, en definitiva, lo que tenemos sobre la mesa es la cuestión del hombre. Una cuestión nueva, una cuestión antigua, la gran pregunta que traspasa toda la realidad humana en la historia: “*Qué es el hombre, quién soy yo*”, en definitiva, la cuestión antropológica.

Vivimos hoy una realidad y es la crisis cultural, como decía también Don Luis, de la visión judeocristiana-helenista del hombre. Lo que ocurre es que la alternativa que se propone, culturalmente hablando, es una alternativa, desde mi punto de vista, poco clara, ambigua y, por parafrasear, de algún modo, una de las ideas de *Evangelium Gaudium*, yo creo que en la alternativa del modelo antropológico que muchas veces propone el mundo, si es que hay un modelo unívoco, unitario, está la concepción contraria a lo que dice el Papa: la idea por encima de la realidad. Es decir, hay una ideologización del hombre y, por tanto, una ideologización de la vida. Si el Papa dice que la realidad es superior a la idea, la antropología cultural dice: la idea es superior a la realidad. Esto también entra en el campo de la bioética.

Creo que también en el modelo antropológico actual, ya insisto, si es que hay algún modelo, está la improvisación, una gran improvisación. Me llamaba mucho la atención —y vuelvo a citar al Papa— en la carta que escribió hace una semana o dos el Papa Francisco al cardenal Parolin, con motivo de una serie de efemérides en Europa, dice algo que me parece muy bonito y que quisiera decir al pie de la letra: “*La originalidad europea*

¹ Transcrito por audición.

está, sobre todo, en su concepción del hombre y de la realidad". Creo que es una afirmación muy fuerte.

Lo original de la idea, sí, de la antropología de Occidente que durante milenios hemos vivido y en la que hemos vivido, está en la idea de la imagen del hombre y de la realidad. Cuando el Papa quiere explicitar un poquito esto, habla en varios párrafos de esa carta de esto, pero dice: *"Sueño, entonces, con una Europa amiga de la persona y de las personas"*. Habla de la dignidad de la persona, de que no sea objeto de un cálculo económico o de mercancía.

Quiero citar también esto porque creo que tiene que ver mucho con nuestro tema: *"una tierra que cuide la vida en todas sus etapas, desde que surge, bellamente, invisible en el seno materno hasta su final natural, porque ningún ser humano es dueño de la vida, sea propia o ajena"*. Yo creo que son palabras interesantes y que tocan el centro, creo, de lo que quiere ser este Congreso de Católicos y Vida Pública.

No me había puesto de acuerdo con Don Luis, pero yo quería empezar esta exposición trayendo otro libro, quizá no de la misma profundidad ni de Monod ni de Harari, pero un libro que leen millones de personas, porque es un best seller de un autor español, jovencito, de Castellón —por cierto, Don Juan Antonio, donde empezó su ministerio episcopal—, que se llama Eloy Moreno, y la novela se llama Tierra.

Yo creo que la tesis fundamental de este autor, que está traducido ya a todos los idiomas, es una tesis ecológica. Sin embargo, a mí me ha interesado mucho de esta novela la crítica social y cultural que expresa. Si no la conocen, ya saben que el escenario es un programa de estos que pueda ser cualquier Gran Hermano, donde ya hay una primera tesis: como estamos destruyendo la Tierra, tenemos que ir a Marte. Pero hay algo que yo creo que entra de lleno también en lo que aquí estamos presentando y es una tesis que es demoledora: nada es verdad; todo lo que está pasando, nada es verdad, es todo pura ficción; y, si nada es verdad, todo está permitido. Si nada es verdad, la víctima fundamental es el hombre y lo humano. El hombre está a merced del poder económico y del poder cultural, del poder, incluso, político.

Además, en esta novela uno se queda con la sensación de que el mal es una madeja que se va liando cada vez más y que va creciendo. ¿Cómo es el modo de salir? Complicando más las cosas. ¿Cómo se complican más las cosas? Todo en deterioro de lo humano, de la creación, en definitiva. ¿Cuál es el final? El final es la destrucción de lo humano. Creo que esto, a lo mejor, si hablara el autor dice que no ha querido escribir nada eso, pero

como en un libro hay un doble autor, el que escribe y el que lee, es lo que yo he leído, y creo que hay una crítica social y cultural muy interesante a modo de parábola con lo que estamos diciendo aquí.

Por tanto, en el tema de la vida, en el momento actual, nos encontramos, sobre todo, con un debate ideológico, que tiene unas raíces antropológicas muy profundas. Estamos ante una concepción de lo humano que, como es natural, afecta a todas las relaciones humanas: familiares, sociales, políticas.

En el fondo, está en juego la concepción de la verdad y de la libertad, y la relación entre verdad y libertad. Una libertad desvinculada de la verdad que lleva al bien, porque, en definitiva, la libertad es la voluntad absoluta, el concepto de libertad como voluntad absoluta. Y esto, en nuestro campo, llevado a toda la tecnología bioética, a todos los avances de la medicina, de la clínica médica, al diagnóstico, a la terapia, al cuidado. Como es natural, también esta visión de la libertad y de la verdad afecta al sentido de la vida, afecta a lo que nosotros vivimos cada día y, por supuesto, al sufrimiento, al comienzo de la vida.

En definitiva, se olvida que todo progreso, que todo avance, crecimiento, exige el discernimiento moral, y yo creo que esto es un punto también a la hora de hablar del ambiente, del contexto social, cuando se aparta el discernimiento moral, porque esto es otra cosa: esto es la técnica, esto es la ciencia, y ahí la moral no tiene absolutamente nada que decir.

Yo también me he inspirado —y creo que es un documento que tendremos que trabajar más— en la carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Samaritanos Bonus, en tres factores que en el campo de la ética de la vida limitan la visión del hombre, del derecho a toda vida humana.

En primer lugar, el primer factor es el uso del concepto calidad de vida y muerte digna, que destaca o resalta muy bien el documento, porque creo que es un reflejo de la vida misma y un reflejo del hombre. Estamos ante una antropología utilitarista que tiene detrás y que responde a una situación económica, a la cultura del bienestar, a la belleza, al deleite de la vida física, y deja al margen cualquier otro ámbito de la vida: el espiritual, el moral, etcétera. Es decir, estamos ante una cultura de lo efímero. Por decirlo de un modo más periodístico, estamos en la cultura del usar y tirar. También en lo que se refiere a la vida: se usa y se tira. Por tanto, la vida que no llega a unos límites, a un nivel aceptable, no merece la pena ser vivida.

Claro, la pregunta racional que puede salir: oiga, ¿y quién pone los límites de lo que es vida digna y de lo que no es vida digna? La respuesta de

la cultura es: tú mismo, en una autorreferencialidad absoluta, o una tercera persona, por ejemplo, papá Estado. Papá Estado te dice dónde está el límite de la vida, dónde se puede cortar y dónde no se puede cortar. Por tanto, es una visión utilitarista de la vida.

Incluso hay una cosa que me llamaba mucho la atención leyendo el Samaritanos Bonus cuando habla de este punto, y dice: *“Basta el mal psicológico para que la vida no merezca la pena”*. Yo recuerdo siempre, cuando empecé Teología, en la Facultad nos recomendaban mucho un libro que después no he vuelto a ver, que se titulaba Yo estoy bien, tú estás bien, y creo que responde muy bien un poco a la cultura: yo estoy bien, todo está bien; yo estoy mal, todo está mal.

Esto, sin que yo me adhiera —y además abro un poco el horizonte—, me recordaba también a esa famosa canción de Pablo Milanés, del cantautor latinoamericano: *“La vida no vale nada”*. Yo creo que esto sirve también para el campo de la bioética en este momento cultural. Podríamos decir, desgraciadamente: la vida no vale nada. Esto es grave porque no se reconoce que la vida humana tiene valor en sí misma.

El segundo factor es una comprensión errónea de la compasión: para no sufrir, lo mejor es morir, lo que llamamos la eutanasia compasiva. La compasión no es provocar la muerte, sino aceptar y acompañar al que sufre, sostener mediante el afecto y mediante los medios terapéuticos a aquel que sufre.

Hay una expresión también en Samaritanos Bonus que me parece muy bonita: *“hemos perdido una mirada contemplativa”*. Es verdad. Cuando tú estás en lo más sencillo de tu vida —sales a comprar, estás con tu familia, estás viendo la tele, cualquier cosa—, hemos perdido esa mirada contemplativa. ¿Qué es lo que nos da la mirada contemplativa? Mira, el que mira contemplativamente mira al don, y la reacción, el sentimiento o el fruto de esa mirada del don es el agradecimiento. Si tú no das gracias por la vida, es que a lo mejor no das valor a la vida.

Después, esa mirada contemplativa no pretende apoderarse de la vida, de la realidad, sino acogerla y darle sentido, también al sufrimiento. Incluso la mirada contemplativa te hace que te dejes interpelar y guiar. Yo me pregunto: ¿Realmente esta situación de pandemia, con tanta muerte, con tanto sufrimiento, con tanta pobreza, nos está interpelando? Es algo que también como cristianos deberíamos plantearnos: ¿me interpela a mí esta situación?

El tercer factor es el individualismo, cuando los otros se convierten para mí en un límite, incluso en una amenaza. Y, fijaos, en el fondo como

causa y como consecuencia de este individualismo atroz está la soledad.

Recuerdo que hace unos meses un chico que es enfermero de paliativos en el barrio de Salamanca, en el centro de Madrid, me decía: “No se engañen, el mal más importante no es el cáncer, es la soledad”. No había venido el virus todavía. Cuánta gente que está sola. Esta es la gran enfermedad de nuestro tiempo.

Aquí se meten otra serie de principios. Dentro de ese individualismo, el principio del permiso o el consentimiento, que hace que el cuidado se convierta en un favor que me hacen, y esto supone —y pienso en el principio de la vida, en la madre gestante, y pienso en el final de la vida— que haya mucha gente que hoy se sienta una carga y no un don: una carga en la familia, una carga en la residencia, una carga en la sociedad. Eso genera una relación contractual, de contrato: yo pago para que tú me trates bien, y yo, en el momento que pueda, te quito de en medio. Lo cual está generando también miedo, desconfianza, relaciones, en definitiva, poco fraternas.

Esto nos está haciendo llegar a una insensibilidad tremenda, hasta tal punto que afecta a lo debido, a lo que tengo que hacer. Esto es muy duro, y lo decimos muy bajito para que no se entere nadie, pero ¿quién ha puesto el límite de edad para que cuando hoy llegue a un hospital un señor que tiene 80 años se le ponga morfina y ya está, o se le dé aquello que dicen dieta total? ¿Qué diferencia hay entre 69 y 70 o entre 79 y 80?

¿Qué diferencia hay? ¿Quién pone, realmente, ese límite? Quizá habría que traer aquello, que hemos repetido mucho, que incurable no significa incuizable. En definitiva —y voy terminando—, estamos ante aquello que el Papa san Juan Pablo II en la encíclica que ya ha citado Luis, llamó la cultura de la muerte y que el Papa Francisco llama la cultura del descarte. Mirad, en el mundo de la solidaridad esta situación es una situación insolidaria.

Cuando reivindicamos la solidaridad, vivimos insolidariamente. ¿Quiénes son las víctimas? Las víctimas son los más frágiles, porque hay algo aquí y es que la vida vale o me vale.

Voy terminando con un texto que me resulta precioso y unía también con lo que decía monseñor Argüello al final de su intervención, es del Concilio Vaticano II, de la *Gaudium et spes* 24, que dice: “*El hombre es la única criatura sobre la tierra a la que Dios ha amado por sí misma*”. Aquí se introduce el sentido que tiene la vida y el sentido que tiene el hombre, y es el amor. Hay un teólogo también contemporáneo que dice que el amor es lo creíble, lo que suscita la fe es el amor.

Y, fijaos, en el Concilio Vaticano II esta frase tan preciosa para

subrayar está en el contexto de la índole comunitaria de la vocación humana según el plan de Dios. Por tanto, el hombre ha nacido del amor de Dios para amar a Dios y para amar a los demás y así llegar a su plenitud, que, como decían también, es la vida eterna.

Termino con una expresión. No sé si hay gente que podría discutirla, todo es discutible, pero muchas veces lo he pensado: dime en qué Dios crees y te diré cuál es tu imagen del hombre. Es verdad que la bioética, como muchas veces quieren vendérsola, no es una cuestión religiosa, sino antropológica, pero como lo antropológico y lo religioso no son dos cosas distintas, porque un hombre sin trascendencia es un hombre castrado —perdón—, así, sin trascendencia, la imagen de Dios es lo que hace la imagen del hombre y, en nuestro caso concreto, la dignidad que tiene todo hombre, desde su concepción natural hasta su muerte natural.

– JLR: Gracias, Don Ginés. Introduciendo ya, siguiendo esa pista de esa relación entre antropología y dimensión religiosa, que, por supuesto, está y yo pienso que es esencial, me viene a la mente una pregunta que se hace el Papa en su última encíclica, *Fratelli Tutti*, cuando dice: “¿Cuánto vale un ser humano?”. Una pregunta que no es nada obvia en este momento, después de todo lo que ya hemos escuchado. Y recuerdo un texto en una Navidad que decía: tú vida vale la encarnación de Dios.

Quizás nos sorprende esta caída de certezas compartidas, de certezas éticas que han sustentado la convivencia de Occidente, y no nos damos cuenta de que la pérdida del acontecimiento cristiano, de su vitalidad, de su relevancia entre nosotros, necesariamente arrastra —esto es una hipótesis que estoy lanzando, ahora Don Juan Antonio dirá— la pérdida también de esa claridad ética, porque, realmente, el significado pleno de la vida solo se desvela cuando el propio misterio que ha hecho la vida ha tomado carne, ha vivido con nosotros, nos ha dirigido su palabra, ha muerto y ha resucitado.

También eso hay que saber decirlo en un mundo como el nuestro, igual que los primeros cristianos tuvieron que decirlo en la primera generación, cuando en el Areópago la gente se reía y decía: “*Bueno, ya nos hablarás de esto en otro momento*”, pero san Pablo supo encontrar la ranura a través de la cual entrar y conectar.

Si de esta cuestión queremos hablar, de cuál es la visión católica de la vida humana, no podemos hablar de aquel que nos la ha revelado plenamente, de Cristo como revelación plena y total de lo que es el hombre, como dice también el Concilio Vaticano II, y eso es lo que le hemos pedido a Don Juan Antonio Reig.